

Peter BROWN, *Por el ojo de una aguja. La riqueza, la caída de Roma y la construcción del cristianismo en Occidente (350-550 d.C.)*, Barcelona, Ediciones Acantilado, 2016. Traducción de Agustina Luengo. 1232 pp. ISBN: 978-84-16748-14-3

Una historia eterna: El final del Imperio romano.

Presentamos al lector el libro de historia más importante publicado en España en el último año, probablemente. La edición original apareció en 2012 en la Universidad de Princeton, por lo que ya era conocida por los especialistas. Ahora tenemos la edición en español, con una cuidada traducción de A. Luengo, para el público hispano. El tema que trata, el final del Imperio romano en su parte occidental y la formación del Occidente medieval cristiano, nos sitúa en el núcleo original de reflexión de la historiografía moderna: la crisis de las civilizaciones, las transiciones en las sociedades complejas y el debate sobre las revoluciones culturales. Y sin embargo, este no es un libro de síntesis al uso. En sus páginas encontramos información especializada sobre la crítica simbólica de los textos bíblicos, el estudio antropológico de la patrística, la arqueología de las villas paleocristianas, y sobre todo el comentario sorprendente, por su inteligencia, de unos textos bien conocidos, como los escritos de san Agustín, que nos introduce en la Antigüedad tardía, y nos invita a recorrer el proceso intelectual que llevó a las gentes de aquel tiempo a abandonar el *decorum* de la cultura pagana y abrazar el cristianismo como nueva filosofía de la vida.

La obra, escrita con elegancia, nos sorprende por su inmensidad. Un estudio de más de mil páginas, repleto de citas y acompañado por un repertorio bibliográfico que comprende más de cuatrocientos textos originales de la época y cerca de mil estudios recientes, analizados y citados todos ellos por el autor a lo largo del libro. Es una obra de madurez del gran historiador irlandés, afincado en los Estados Unidos, Peter Brown, de 83 años de edad.

Nacido en Dublín, en una familia protestante, se formó como medievalista en Oxford. Por entonces, cualquiera que se sintiera atraído por la Edad Media tenía que buscar un obispo al que dedicar sus estudios. El estudio de la Edad Media estuvo tradicionalmente ligado a grupos religiosos que seguían el modelo de la historia cristiana. P. Brown, sin embargo, sorprendió a su maestro (A. Momigliano) al elegir como obispo particular a Agustín de Hipona, uno de los grandes pilares de la Iglesia, del que escribió una biografía caracterizada por su análisis antropológico del personaje y la voluntad de encuadrarlo en la sociedad de la época. Para nuestro autor, religión y sociedad son circunstancias indisociables de la historia intelectual de Occidente.

P. Brown emprendió la aventura americana a principios de los setenta trasladándose a Berkeley, donde presencié las últimas manifestaciones de la Culture War. Allí coincidió con

la antropóloga M. Douglas y M. Foucault, y aunque la antropología bíblica de la primera, y la inquietud por la pulsión sexual del segundo, están presentes inequívocamente en su obra, su mayor influencia, según nos confiesa, fue la libertad de la cultura californiana y su inmersión en la postmodernidad. De aquel clima cultural surgió su libro más conocido: *El cuerpo y la sociedad: Los hombres, las mujeres y la renuncia sexual en el cristianismo primitivo*.

La etapa final de su trayectoria académica transcurrió en Princeton, donde sus seminarios sobre cultura clásica y Antigüedad tardía fueron un referente intelectual en todo el mundo. P. Brown contempló perplejo al final de la Unión Soviética, lo que constituyó para él un ejemplo para comprender el final del mundo antiguo. Su visión sobre el significado general de aquella época había cambiado hacía tiempo. Se había distanciado de la tesis tradicional del gran Gibbon sobre el *Decline and fall*, es decir, la visión catastrofista de la época causada por la pérdida de la *virtus* republicana y el triunfo de la barbarie y el cristianismo. Nuestro autor defendía la idea de que la crisis de la cultura clásica constituyó el paso necesario para la construcción de la Europa cristiana, uno de los pilares fundamentales de nuestra civilización. Si su valoración de la época era positiva, las dudas surgían en relación con los procesos de transición: ¿En qué medida pervivió la cultura clásica en la patrística cristiana occidental? ¿Cómo se produjo el relevo de las élites paganas por la nueva jerarquía eclesiástica, integrada por obispos y clérigos recién llegados, cuyo origen y formación intelectual no había sido planificada por la Iglesia? Sus estudios sobre el culto a los santos, y sobre todo su libro sobre pobreza y liderazgo –de la Iglesia– durante el Bajo Imperio romano, trataban de responder a estas cuestiones.

En su nuevo y último libro, por el momento, P. Brown centra su atención en el estudio de la pobreza y la consideración social de la riqueza al final del Imperio romano. Parte de la idea de que la filosofía antigua no era un sistema de pensamiento sino una forma de vida de ciertas élites paganas que se proyectó después sobre la moral cristiana y la imitación de los modelos de santidad propugnados por los Padres de la Iglesia. Esto permitió la convivencia de las élites paganas con el imperio cristiano postconstantiniano. Realmente, la transición hacia el cristianismo fue más larga de lo que afirmaron los historiadores. Fue necesario crear, a lo largo de más de tres siglos, una Iglesia inexistente y una nueva élite, integrada por obispos, cuyo poder hubo que definir, y hacerlo aceptable para una sociedad cristiana que había abandonado la marginalidad propia de la época de las catacumbas. Hacer del cristianismo una alternativa cultural global para toda la población. A lo largo de ese proceso predominaron las estructuras paganas, haciendo de la conversión al cristianismo un hecho equiparable a la aceptación de la ciudadanía romana entre las élites provinciales. También fue en esa etapa de transición, mientras la Iglesia trataba de controlar las estructuras imperiales de poder, cuando surgió el debate sobre la pobreza.

La vieja aristocracia senatorial se había ocupado tradicionalmente del reparto de alimentos en las ciudades del Imperio durante los períodos de crisis, o también con motivo de ciertas festividades. La Iglesia, por su parte, se ocupó de socorrer a los pobres marginados, con lo que la pobreza se convirtió en un ideal de perfección evangélica. El cónsul Símaco era un pagano que vivió en tiempos de Teodosio e hizo de la largueza virtud, aportando su propia fortuna a la práctica del evergetismo. Amigo del poeta cristiano Ausonio, mostró una cierta coincidencia con el cristianismo, pero se opuso frontalmente a la política de Ambrosio obispo de Milán, también perteneciente a la aristocracia imperial, cuando defendió la supresión de los templos paganos. Esta polémica marcó el final de una época. En adelante, el paganismo fue sólo un modelo cultural sin contenido religioso, mientras que el cristianismo empezó a convertirse en una filosofía compatible con las formas de vida de las élites episcopales, que no estaban dispuestas a renunciar a su riqueza ni a su poder en la corte imperial.

Todavía hubo algunas voces críticas entre los miembros de la antigua aristocracia senatorial convertidos al cristianismo, como los Anicios, que defendían el ideal de perfección de la pobreza y renunciaban a sus riquezas. Este fue el modelo de santidad de Paulino de Nola o Melania la Joven. Sin embargo, el relato de la vida de esta joven aristócrata romana muestra un giro notable en su percepción de la pobreza. Melania había abandonado la ciudad de Roma para seguir una vida ascética en el campo. El saqueo de Roma por Alarico, el año 410, provocó que muchos aristócratas, como Melania, huyeran a Cartago, hasta que la paz se restableciera. Se refugiaron en sus villas africanas, administradas hasta entonces como fuentes de renta en la distancia, con lo que recuperaron sus antiguas formas de vida como grandes propietarios latifundistas. Cuando regresaron a Roma, siguieron buscando la perfección espiritual, pero ya no renunciaron a su riqueza, porque era un soporte imprescindible para desarrollar el modelo de vida cristiana contemplativa que perseguían.

Las provincias del norte de África eran por entonces el granero de una Roma imperial decadente. La aristocracia de sus ciudades y sus obispos se negaban a seguir manteniendo a una clase senatorial lejana, incapaz de defender el Imperio. La Iglesia del África romana impulsó la aparición de sectas que propugnaban la pobreza evangélica junto con la crítica social profunda. La de los pelagianos difundió un discurso religioso radical en contra de la riqueza por las nuevas diócesis africanas, cuyos obispos apenas tenían contacto con la Iglesia romana, corrompida por la riqueza de las élites paganas. Mientras en Roma empezaba a construirse una nueva cabeza de la Iglesia en torno a su obispo, representado por el papa san Dámaso, las ricas provincias del África occidental como Numidia y Cirene parecían encaminarse hacia un nuevo cisma, como el sufrido por la Iglesia oriental a causa del arrianismo. En ese momento surgió la figura de Agustín para reconducir las inquietudes de la Iglesia en Occidente.

Agustín procedía de una familia curial del orden de los *honestati*, es decir, formaba parte de la pequeña aristocracia provincial romana en su Tagaste natal. Poseía tierras y esclavos, por lo que nunca tuvo que trabajar con sus manos, y dispuso de las rentas suficientes para dedicarse al estudio y cultivar la retórica. Desde muy joven mostró tener un gran talento y ciertas inquietudes espirituales. La evolución de sus creencias religiosas es bien conocida. Baste recordar que durante sus años de juventud se integró primero en una secta maniquea radical que rendía culto a la *Mente de la Luz*, una especie de numen similar al Espíritu Santo. Después moderó sus posiciones y empezó a ejercer el magisterio entre sus seguidores, con los que formó una comunidad filosófica neoplatónica. Finalmente decidió trasladarse a Hipona, una ciudad portuaria conectada con Italia, para crear un monasterio cristiano. Agustín empezaba a destacar por su inteligencia, muy superior a su riqueza, y tenía la posibilidad de dirigir su Iglesia; pero antes necesitaba acogerse al patrocinio de algún miembro cultivado de la aristocracia senatorial. Con los apoyos necesarios, el joven Agustín acompañado de una concubina, con la que ya tenía un hijo, y de su madre viuda, Mónica, llegó a Roma cuyo prefecto era por entonces Símaco, del que ya hemos hablado. Muy pronto se integró en su círculo de protegidos, y fue designado profesor de Retórica en Milán, junto a Ambrosio. Allí terminó su proceso de conversión al cristianismo, renunció a su concubina y abrazó el celibato como paso previo a su ordenación episcopal, completando así su integración en la élite de poder de la aristocracia cristiana. Regresó a África como obispo de Hipona y desde allí combatió a los pelagianos, defendiendo que la riqueza era la base de la pureza del Espíritu Santo. Los ricos podrían salvarse si renunciaban a su riqueza y la entregaban a la Iglesia, para que sus obispos la administraran en favor de los pobres y del cultivo del espíritu. Al igual que el Imperio, la Iglesia podía ser rica para cuidar de los que practicaban la pobreza evangélica.

El problema era que el Imperio empezaba a desmoronarse y la riqueza de los antiguos latifundios escaseaba. Tras la muerte de Agustín, los vándalos invadieron Cartago, y las

provincias africanas dejaron de pagar la *annona*, con lo que todo el sistema económico del Bajo Imperio se derrumbó. Cada provincia tuvo que buscar sus propios recursos para sobrevivir. La Italia del norte y la corte de Milán fueron saqueadas repetidamente por los bárbaros. No eran hordas salvajes sedientas de sangre, como tradicionalmente se ha dicho; más bien se trataba de grupos militares que habían dejado de percibir sus soldadas, por lo que simplemente se dedicaban a saquear los templos paganos, donde la vieja aristocracia guardaba sus tesoros. En Roma, la clase senatorial se sentía más segura y abrazó el cristianismo como nueva religión oficial tras los edictos de Teodosio. Los obispos-papas de la segunda mitad del siglo V pertenecieron a la misma clase senatorial romana, y propiciaron el desarrollo de una Iglesia aristocrática. Las ideas de Agustín sobre la tolerancia de la riqueza fueron una tabla de salvación para los miembros del clero romano de aquel tiempo.

Pero el obispo de Roma todavía tardaría en convertirse en la cabeza de la Iglesia occidental. Su alianza con la aristocracia senatorial tuvo como consecuencia inmediata la fragmentación del cristianismo en Iglesias provinciales. En las Galias, por ejemplo, Salviano de Marsella era contrario a las ideas agustinistas y defendía la alianza con los bárbaros. Algo parecido ocurriría en la Hispania gótica, donde Isidoro apoyó a la monarquía católica, superado ya su pasado arriano.

Debemos concluir aquí este comentario, pero invitamos al lector a recorrer las páginas de esta obra magistral, y descubrir otros muchos ejemplos de obispos y santos de aquel tiempo que como *guardianes de la fe y defensores de su patria* contribuyeron a construir la nueva Europa cristiana, muy similar, aunque diferente, del desaparecido Imperio romano.

Francisco RUIZ GÓMEZ
Universidad de Castilla-La Mancha
Francisco.Ruiz@uclm.es